



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de
Puebla
México

Martínez Luna, Jaime

Conocimiento y comunalidad

Bajo el Volcán, vol. 15, núm. 23, septiembre-febrero, 2015, pp. 99-112

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28643473006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CONOCIMIENTO Y COMUNALIDAD

Bajo el Volcán, año 15, número 23, septiembre 2015-febrero 2016

Jaime Martínez Luna

Fecha de recepción: 23 de septiembre de 2014

Fecha de aceptación: 12 de enero de 2015

RESUMEN

Nuestra propuesta de *Comunalidad*, para definir nuestra actitud, nos conduce necesariamente a explicar su fortaleza en razón de las fuentes de su reproducción y exposición. Lo anterior, nos lleva a reflexionar nuestra vida cotidiana, buscando en ella la forma como vamos adquiriendo e integrando el conocimiento, labor que, aunque parezca aburrida, es recomendable re-andar, para así dar mayor claridad a nuestros conceptos que, si bien, los extraemos del mismo idioma impuesto, pueden reflejar con mayor nitidez lo que somos, sentimos y pensamos.

El primero de nuestros apartados, titulado “El conocimiento: vida natural y vida impuesta”, como un preámbulo breve, intenta ser una descripción introductoria de cómo vamos percibiendo la vida, construyéndola, incluso del cómo las contradicciones inherentes al modo de vida general van moldeando nuestros razonamientos, cotidianamente contradictorios, por las imposiciones que recibimos del exterior y de las fuentes de nuestra resistencia. La exposición se orienta sobre los pilares o momentos en que se sustenta la creación comunal de nuestra realización social.

El segundo apartado, bajo el nombre “Comunalizar la vida toda”, tiene una ubicación histórica concreta. Se ofrece para enunciar comparativamente nuestro modo natural de hacer la vida y los razonamientos necesarios a asumir para enfrentar los avatares de nuestros tiempos actuales. Este apartado se expuso como conferencia magistral en la Segunda

Cumbre Continental de Comunicación Indígena del Abla Yala, realizada en octubre de 2013 en Santa María Tlahuitoltepec Mixe, Oaxaca.

Palabras clave: Comunalidad, pueblos indígenas, conocimiento, comunicación comunal

EL CONOCIMIENTO: VIDA NATURAL Y VIDA IMPUESTA. NOTAS PARA UNA FILOSOFÍA PROPIA

Comunalidad es un concepto vivencial que permite la comprensión integral, total, natural y común de hacer la vida; es un razonamiento lógico natural que se funda en la interdependencia de sus elementos, temporales y espaciales; es la capacidad de los seres vivos que lo conforman; es el ejercicio de la vida; es la forma orgánica que refleja la diversidad contenida en la naturaleza, en una interdependencia integral de los elementos que la componen. Por todo ello, es una conducta fincada en el respeto a la diversidad, que genera un conocimiento específico, medios de comunicación necesarios, y hace de su ser un modo de vida fundado en principios de respeto, reciprocidad y una labor que permite la sobrevivencia del mundo de forma total, como el de cada una de sus instancias y elementos, que consigue bienestar y goce.

Emana de su ejercicio una filosofía natural sustentada en cuatro momentos indisolublemente unidos e integrados: a) La naturaleza, geografía, territorio, tierra o suelo que se pisa; b) Sociedad, comunidad, familia que pisa esa naturaleza, geografía o suelo; c) Trabajo, labor, actividad que realiza la sociedad, comunidad, familia que pisa ese suelo; y finalmente d) lo que obtiene o consigue, goce, bienestar, fiesta, distracción, satisfacción, cansancio con su trabajo, labor, o actividad esa sociedad, comunidad que pisa ese suelo, territorio o naturaleza.

Con todo esto, podemos afirmar que *Comunalidad* expone cuatro campos filosóficos, que le elevan a categoría epistémica; a través de una filosofía geográfica, una filosofía comunal, una filosofía creativa-productiva y una filosofía del goce. Campos y momentos de un pensamiento totalizador, integrador y dialógico. Se basa en la oralidad y la imagen, como lenguajes directos y en constante movimiento.

En *Comunalidad*, una sociedad territorializada, comunalmente organizada, recíprocamente productiva, y colectivamente festiva, diseña mecanismos, estrategias, actitudes, proyectos que le determinan la cualidad en sus relaciones con el exterior; asimismo, diseña principios, normas, instancias que definen y reproducen sus relaciones a su interior. La explicación de su realización se da conforme al suelo que pisa, a las personas y familias que habitan ese suelo, a la labor cotidiana que ejecuta el habitante que pisa ese suelo y al goce o bienestar que consigue, con su labor, la comunidad que pisa ese suelo.

En cada momento, sus manifestaciones estarán en articulación con la sociedad y la naturaleza envolvente. Es esta articulación la que dibujará sus espacios y momentos culturales, definirá la fortaleza que demuestren sus relaciones internas; asimismo, revelará las debilidades que reflejan su interacción con el mundo envolvente. El color, el sabor de su *Comunalidad* se expresarán como resultado de la etapa histórica que viva y se interprete.

Momentos a filosofar

La naturaleza, la geografía, el territorio que se habita, genera, en *Comunalidad*, interpretaciones materiales e intelectuales, del papel que asumen las relaciones específicas que se dan con el entorno; su percepción se manifiesta a través de la imaginación, sus resultados y sus saberes conforman la cultura de su habitar cotidiano. Su integración razonada conforma una filosofía geográfica que expresa unidad de pensamiento.

La sociedad, la comunidad, integra sus relaciones, que le explican su ser social, que determina sus instancias de relación,

colaboración, intercambio, para tomar decisiones del tipo que se haga necesario. Esto es una filosofía comunitaria que elabora su razón de ser, integra sus costumbres y define su habitar social, material e intelectual.

Una sociedad se comprende incorporada a una naturaleza; esto permite la reproducción de la vida, la gestión del conocimiento necesario, la creación del medio de comunicación adecuado, con todo construye una filosofía creativa y productiva, que fortalece las posibilidades de su reproducción. Fundada en ella, diseña la tecnología apropiada, y busca la que no le ofrece su naturaleza, con el objetivo de garantizarse la existencia, además de intercambiar sus productos.

El goce es el resultado integral logrado de la labor ejercitada por la comunidad en su relación con su naturaleza, éste es la demostración de la diversidad de posibilidades que ofrece su territorio, la capacidad intelectual de los habitantes, y el resultado de la creatividad ejercitada en el día, el mes, el año, el tiempo y el espacio que le ha tocado vivir. Ello fundamenta una filosofía de la satisfacción compartida, de todos los elementos partícipes de su proceso de vida, material e intelectual.

COMUNALIZAR LA VIDA TODA

Desde niños nos enseñaron: “no hay mal que dure cien años, ni persona que los aguante”. Llevamos cargando un mal, más de quinientos años, y seguimos aguantando. ¿Qué es lo que pasa?, ¿es que no somos personas o es que no padecemos ningún mal?

Hemos sido bautizados en sacramentos que en nada alteran nuestra manera de hacer y de sentir la vida. Hacemos fiesta, trabajamos, bailamos, comemos, disfrutamos de la presencia de todos, a pesar de que estos eventos sean convocados por un Nombre (un Santo, un Héroe, etc.) cuya raíz o significado ni siquiera nos interesa escudriñar. Los que nos miran, nos ven extraños, se sienten extraños, en una fiesta que no tiene un anfitrión, en la cual, el

centro, todos lo son. Beben de nuestras botellas, incluso se emborrachan y, a pesar de quitarse los lentes, no nos logran entender.

La gran mayoría de los que son, o se sienten entre y como nosotros, piensan la vida y la identifican en el idioma español. ¡Claro! Podemos sentirnos orgullosos, aún son muchos los afortunados que lo hacen en dos lenguas, la suya y el español.

Pensar la vida en español nos lleva a identificar nuestra existencia, desde sus conceptos. Nuestros conceptos, lo que de la naturaleza percibimos, si hemos perdido nuestra lengua originaria, no existen, o son encubiertos, ocultados por el español. Nuestras lenguas originarias dibujan y explican el mundo real que percibimos; la lengua invasora lo niega y expresa sólo lo que sus constructores entienden de este mundo, a través de sus creencias, sus intereses, sus valores, etc.

El ejemplo central es la *libertad*. Pensamos y enarbolamos la libertad como un principio sagrado, sin detenernos a pensar que no se puede ser libre en un planeta o un mundo que no es nuestro, sino más bien, que nosotros pertenecemos o somos parte de él. Dependemos del planeta, de su oxígeno, de su agua, de sus frutos, de su humor, de su movimiento, de la existencia de lo demás; sin ello, nuestra propia existencia no se puede concebir.

Pensar desde la libertad es sentirnos libres de apropiarnos de un mundo que es todo y de todos. En libertad hacemos la guerra, ejecutamos las leyes, ponemos en venta hasta el oxígeno, una libertad que ostentamos percibirla como un derecho natural.

Pensamos desde la democracia, que el poder es del pueblo, y no nos preguntamos de qué pueblo: del que está arriba, del que está abajo, del que está al lado, del que yace en los cementerios, o del que está por llegar. Pero hablamos desde el poder del pueblo, y pensamos que todos somos ese pueblo, sin reparar que a los griegos se les olvidó incluir a los esclavos en el ejercicio de la democracia.

Por fortuna, a otros, a nosotros, la comunidad, fortaleza natural de todos, nos ha permitido aprender y enseñar la vivencia colectiva en sus tiempos y en sus espacios.

Otra pesadilla más: el *Estado-Nación*. Pensar desde los Estados es creer firmemente que hemos sido todos quienes los hemos diseñado, integrado, construido, erigido, estructurado, edificado. Afirmamos, convencidos, que su ley es nuestra ley, y que por eso merece nuestro respeto, nuestro sometimiento a su ejercicio, nuestra lealtad a sus designios. Por más que se nos informa que nuestros ancestros, y ahora nosotros, han sido y somos carne de cañón, portamos el orgullo de ser de una nación como un maquillaje convertido en piel.

El Estado con el mayor número de naciones y habitantes conscientemente integrados al planeta, Bolivia, aún no sabe cómo trascender al Estado. No encuentra la salida para liberarse de ese concepto, en el que todos hemos estado enjaulados, desde la invasión a nuestro continente. En peores circunstancias nos hayamos los que tenemos la obligación de reconocernos Mexicanos.

Éste es el peor obstáculo para los que estamos convencidos de ser Abya Yala, un continente sin fronteras.

Lo alcanzaremos, las generaciones futuras lo lograrán. ¿Cómo?, comunicando nuestro pensar natural, como un modelo de vida respetuoso, de trabajo, de reciprocidad. No de fraternidad, de solidaridad, de caridad. Así, lo ubicaremos como un futuro posible, ciertamente. Y lo lograremos si reproducimos y fortalecemos nuestros modelos de vida, que son una solución a la omnipresencia del Estado y la propiedad privada que éste defiende, apropiándose de un planeta, de una tierra, que es de todos los seres que le habitan.

Un nuevo modelo de pensamiento y su lenguaje, es el reto. Para ello, ciframos nuestra convicción de encontrar en los medios de expresión los instrumentos idóneos, que nos liberen de la libertad, que comunalicen nuestro pensar y expresar.

La libertad y la Comunalidad son polos opuestos, habitan en nuestro ser y pensar, y son necesarios de clarificar. Desde la libertad, somos individuos que transforman y se transformarán; desde la Comunalidad, somos seres integrados que encontraremos mayor integración. Desde la libertad, somos independientes en nuestro

pensar; desde la Comunalidad, dependemos del pensamiento construido entre todos y de los demás.

Desde la libertad, todos podemos tener la ilusión de acceder al poder; desde la Comunalidad, todos, en tiempos y espacios, a través del trabajo y la responsabilidad, somos y seguiremos siendo la autoridad.

Éramos y seguimos siendo comunidad; los invasores nos individualizaron y nos pusieron a competir en todo; nos han impuesto una ficción que es la libertad; y con ello, la prepotencia, la soberbia, la competencia, la búsqueda del triunfo, la conquista de la libertad. No importa quién pierda en esta competencia, desde ese lenguaje, será el ignorante, el que no sabe, el que necesita educación, el que necesita ser liberado, el que hay que iluminar llevándole la verdad, el que se someterá a la conquista de su libertad.

Usamos el español, incluso desde sus conceptos denigrantes, discriminatorios, asumimos la negación de nuestro ser en sus propios términos, de paso, los convertimos en bandera. Algo de esto es lo *indígena*. Al asumir lo indígena, indigenizamos nuestras relaciones, vemos a nuestros hermanos como tales, como indígenas; es decir, les negamos la existencia, su existencia real. Somos gente natural, existimos, somos una parte del todo. El idioma español no nos reconoce a los que vivimos en estado de naturaleza. ¿Por qué?, porque somos naturales, en español no, éste “está sobre” o encima de “lo natural”.

Al excluirnos reconociéndonos indígenas, es cierto, accedemos al poder, pero al juego del poder que ellos ejercen; por eso hablamos en sus conceptos, hacemos lo que ellos hacen, ¿que no tenemos derecho? Todavía nos ufamamos, al afirmar la pregunta. Nos contestan: “¡Claro!, tienes derecho, como indígena, a ser indígena”. Es decir, tenemos derecho a vivir, con ellos, identificados en la exclusión, en la obscuridad. El lenguaje nos separa: ellos son ellos, nosotros somos nosotros. Ellos nos nombran indígenas, excluyéndonos desde su derecho constitucional; y nosotros nos auto excluimos al aceptarnos indígenas. Diputados indígenas, presidentes indígenas, funcionarios indígenas, intelectuales indígenas,

artesanos indígenas, comunicadores indígenas, lo cierto es que existimos en la exclusión, en la etiquetación, en la cosificación. Y, todavía, nos sentimos orgullosos de serlo.

Debemos tener claro que la gran diferencia que existe entre ellos y nosotros es una filosofía profunda. La gran diferencia estriba en pensar el mundo desde el individuo y su contraparte, pensar el mundo desde la comunidad. Es decir, desde el “yo”, dueños del mundo, o desde el “nosotros”, elementos habitantes de este gran mundo. Es muy distinto pensar el mundo desde ti que pensarlo desde el mundo.

Pensar el mundo desde el mundo es el reto central de la exposición comunal. Democratizar la comunicación es diseñarla individualmente, mientras que comunalizar la comunicación es diseñarla comunalmente, desde la unidad de su diversidad. Pensamos hablando: la oralidad es nuestra mecánica de intercambio, por eso la oralidad y la imagen son nuestra exposición total.

Lo comunal es la integración de la diversidad, es la unidad de la diversidad natural. Es la exposición desde el respeto, no desde “el respeto al derecho ajeno”, sino desde la obligación tornada en respeto. Es comunicar desde un trabajo compartido recíprocamente, no entre los individuos y las naciones, sino entre las comunidades y las regiones. Es para hacer la comunicación, vista como armonía, buen o bien convivir, no para conseguir la paz que justifica la guerra permanente, una guerra que en el pasado había sido entre naciones, y hoy es, básicamente, entre intereses económicos: bolsas de capitales, que han trascendido al individuo y a la patria para ser precisos, y que han logrado adueñarse de los espacios que reproducen sus códigos.

Comunicar desde el individuo es justificar a los dueños del mundo, es justificar la propiedad de los medios, radio, televisión, telefonía, internet, editorial, todo y por lo mismo: al *extractivismo*, herramienta y materia prima para el poder absoluto. Energías sanas, en manos de capitales, significan la reproducción perfecta de las desigualdades; es planificar la vida mundial al servicio de capitales, que en sus orígenes fueron individuales.

No nos planteamos desaparecer al Estado al descubrirlo como jaula y, mucho menos, pretendemos hacerlo dentro de sus propios códigos. Reconocer la filosofía que hemos heredado de nuestros ancestros es suficiente para el diseño de nuestros mensajes cotidianos. Exponer y reproducir los valores que ejercitamos en comunidad, nos da la fortaleza necesaria para no desaparecer. Sí, somos personas, y tampoco hemos construido un mal que haya que desaparecer. Por el contrario, hemos reproducido un modo de ver la vida que, según apreciamos, es el único camino que le queda a la sociedad mundial, sociedad que ha perdido toda integridad natural en sus modelos de vida. Nosotros representamos sociedades pequeñas, pero habitamos los rincones menos imaginados del planeta, y nuestro pensar no es pequeño, es el que ha demostrado mayor perennidad a lo largo de una historia planetaria que se puede concebir e interpretar en códigos propios.

Vivimos el infinito, y nuestro modo de razonar ha visto encumbrar y derrumbar distintos modelos de poder, distintos lenguajes interpretadores de nuestra existencia marginal. Hemos permanecido porque somos naturaleza, porque somos parte de un todo indivisible, que responde no a secretos guardados, sino a la imaginación de quien le toca su tiempo de habitar.

La ciencia, ordenador del pensamiento hegemónico que nos ha tocado vivir, nos ofrece sus virtudes para que comunalmente le usemos y le dotamos nuestra espiritualidad para dar respuesta y satisfacción a nuestras necesidades reales. Mucho de esto nos reúne en esta ocasión, en la Segunda Cumbre Continental de Comunicación Indígena del Abla Yala, envueltos de un mundo de sueños y utopías que nos mantienen la sonrisa a flor de piel.

El ejercicio de nuestras capacidades de resistencia no sólo ha tenido maestros, sino que tiene en su permanente intercambio: un alumno-maestro que cotidianamente ha de reproducir nuestras facultades intelectuales y materiales, no separadas, sino entendidas en su unidad.

Los maestros, empleados del Estado, están llamados a beber de la comunidad el contenido de su labor, aunque contradigan lo

que su patrón espera de ellos. Tendrán que tomar conciencia que mamaron comunidad y en comunidad tejerán el futuro. La creatividad magisterial es responsabilidad de todos, porque en este mundo todos somos alumnos y todos somos maestros.

La academia nunca podrá ofrecernos propuestas, ella sólo nos mira y escribe para lo hegemónico. Serán nuestros tiempos, nuestros espacios, nuestro trabajo la maquinaria que abrirá los caminos específicos y necesarios para cada comunidad, para cada región. Conocimiento no obtenido de una práctica siempre quedará estacionado en la diletancia. Conocimientos emanados de un claustro nunca dejarán de ser rosarios de cualquier iglesia.

La historia no es lineal y mucho menos ascendente. Si pudiera dibujarse, podría ser una espiral en movimiento eterno. La memoria nos ha mantenido firmes. En ella busquemos los momentos comunales más brillantes; abrevemos de ella en el peor de nuestros momentos.

No vemos en la naturaleza sus facultades productivas. Vemos en ella nuestra casa, nuestra propia capacidad de convivencia integral. En otras palabras, la naturaleza no es materia, mercancía, cosa; es todo, somos todo. Por eso hemos defendido los territorios con nuestra propia existencia, porque somos ellos. Es por eso que la naturaleza no nos pertenece, pero sí nosotros a ella.

La fuente de un pensamiento propio es la naturaleza, sus movimientos marcan nuestros ritmos, sus humores marcan nuestras festividades, sus calores y sus fríos determinan nuestras necesidades, nos da la respuesta para la reproducción de nuestra especie. Esto es el contenido de nuestra cotidiana comunicación. Es compartir la vida entre todos, no competir para sobresalir y con ello mantener el sometimiento de unos por otros. Somos naturaleza, por eso cada quien tiene un papel que desempeñar en esta vida, dentro y respetando sus reglas.

Es esta integridad comunalitaria la que no se logra entender desde la libertad. Y ha sido la libertad la que ha despedazado la realidad, la que ha departamentalizado el conocimiento, porque la libertad sólo entiende y busca lo que a uno le interesa o le llama la atención, sin tomar en cuenta que cualquier tramo de la realidad es la evidencia de un todo integrado, de una totalidad.

Pensar el todo es urgente, porque el todo es integral y en él viajamos todos. Comunicar esa integralidad es el reto filosófico de nuestra labor.

Lograr la comunicación integral que reclama nuestra realidad no es un asunto de cumbres, ni mucho menos de toma de acuerdos. Vislumbrar caminos homogéneos obstaculiza la reproducción de nuestra diversidad natural y específica. Cada comunidad o región abreva de su realidad los nutrientes de su labor, así como la milpa no es la misma en todos lados, así la comunicación no será la misma en todos los espacios. Es el intercambio de experiencias concretas de trabajo, la fuente del enriquecimiento comunicacional de los procesos locales y regionales.

La puesta en práctica de las libertades de expresión lleva consigo la formación de líderes de opinión, del formato eficiente a utilizar, de la información adecuada a exponer, de las temáticas importantes a difundir, debatir y polemizar, todo ello lo encubre la práctica de la libertad. Es tiempo de abandonar la imagen del misionero católico que invadió nuestras percepciones; es tiempo de abandonar los mensajes necesarios y recomendables, para lograr el destino “justo” para nuestras comunidades. Ha llegado el tiempo de hacer todo entre todos y dejar la luz del individuo, quien desde la invasión a nuestro continente, como monoteísmo u homolatría, nos ha excluido y tratado sólo como mano de obra esclava.

Las organizaciones de la sociedad civil brillan en la reproducción de los discursos y procedimientos hegemónicos en todos los campos de la vida. Son pocas las que han logrado valorar el conocimiento comunitario y dedican sus esfuerzos a extenderlo. En su mayoría, y en el mejor de los casos, viven de la denuncia, de los padecimientos, a sabiendas que la legalidad son ellos y que no existen los métodos para detener la arbitrariedades del poder; y si los hay, no los ubican en el conocimiento, en la educación y en la comunicación, sino que lo encuentran en la confrontación y, de nueva cuenta, llevándose a nuestros hermanos como carne de cañón.

Un plano cruel que la comunicación enfrenta es el tratamiento y orientación de nuestros afectos. Nuestros cronistas, trovadores,

artistas, escritores, formados o no, en los centros coloniales del conocimiento reproducen en su labor los valores impuestos. Pensar y sentir el Amor, desde el español, es vivir apresado en una cárcel conceptual, en el que la violencia tiene un discurso suficientemente amplio, no así la armonía y el respeto natural.

Pensar la relaciones de hombre y mujer requiere de su propio lenguaje. Impera el lenguaje de mercado y la percepción patriarcal, a sabiendas de que la naturaleza tiene substancia matriarcal. Resulta urgente una comunicación que dimensione la naturaleza y la equidad, para detener el impacto degenerativo que globalmente padecemos, de la noción mercantilizada del afecto.

Ante lo expuesto, sale sobrando referirnos a los partidos políticos, éstos no merecen ni mención. En las condiciones actuales, es tan evidente su negativa existencia que se pierde tiempo al insistir en ubicarlos.

Lo mismo se merece la noción de “desarrollo”, que no sólo destruye nuestra integridad natural, sino que se ha convertido en una visión enajenante. Todo es desarrollo y sustentabilidad. Esta última es una noción que en nuestra forma de vida resulta una obviedad, pero para la mayoría de sociedades se ha vuelto inalcanzable.

Si planteamos la necesidad de un nuevo modelo de pensamiento, no queremos decir que eso nuevo está por hacerse. Ha estado siempre ahí, pero ha sido negado. A cambio, se nos ha impuesto una visión que nos separa de la posibilidad de concebir nuestra naturalidad, de nuestras capacidades integrales de diseñar nuestros propios caminos, en nuestro propio lenguaje y, si el que tenemos no identifica lo que vemos y sentimos, debemos crear ese lenguaje desde su misma raíz. pero sólo para señalar lo nuestro, lo que verdaderamente percibimos; y esto es simplemente aclarar el panorama conceptual que nos rodea. Que ese nuevo lenguaje sea el eje de una nueva comunicación que se funde en el trabajo de todos, del respeto profundo a la diversidad que integramos.

Los naturales hemos existido eternamente, no somos resultado de una época, hemos cambiado según el contexto que nos ha tocado existir. Los de ahora somos como los de ahora y nada más,

somos la manifestación de nuestra circunstancia. Hoy llamamos *Comunalidad* a nuestro modo de existencia, mañana quién sabe cómo habremos de llamar a nuestra conducta.

Nuestro razonamiento no es pre-colonial, ni colonial, ni post-colonial, es el de hoy y se manifiesta como tiene la necesidad de hacerlo. Recurrir a la autonomía ha sido una estrategia para convivir con el resto del mundo, para detener sus agresiones, para fortalecer nuestra unidad concreta. Sin embargo, debemos reconocer que la demandamos dentro de un lenguaje ajeno. Queremos que se decrete la Autonomía, sin exigirnos a nosotros mismos concretarla en nuestra vida cotidiana.

Nuestros hermanos zapatistas recorrieron la esperanza constitucional de los acuerdos de San Andrés, después de una década de movilizaciones, retornaron a sus lugares de origen, a concretar su autonomía. Es por todo esto que el lenguaje gubernamental, elaborado desde el español, expresa códigos que nada tienen que ver con las fuentes de nuestro razonamiento. Materialicemos nuestra comunal-determinación, no la demandemos a las constituciones gubernamentales.

Concretemos la convivencia dentro de este planeta, pero apartémonos de reproducir sus lógicas de pensamiento. Nuestros medios de comunicación son eso: nuestros. Utilicemos sus bondades para fortalecer nuestras capacidades, no para profundizar nuestras debilidades.

Sociedades enteras, principalmente urbanas, movilizan su energía al amparo de códigos que consideran suyos. El buscar que se respeten sus derechos nos muestra que se navega en una barca ficticia, que es un discurso que se elabora para controlar, entretener, manejar, pero en ningún momento para resolver necesidades.

Nuestro modo de pensar, tiene cerca a la autosuficiencia, siempre que no se reproduzcan aspiraciones de comodidad banal, que son motivados por los hambrientos mercados. Fortalecer el intercambio, que es fruto específico de nuestro modo de vida comunal, es un sendero que puede orientar nuestra labor de comunicación cotidiana. Somos conscientes de que producimos lo que necesitamos, pero los casos excedentarios pueden enriquecerse mediante relaciones de confianza con consumidores urbanos.

Esta economía, la nuestra, ha permitido y fortalecido nuestra resistencia. Esta economía no compite, no negocia, es recíproca, es resultado de relaciones horizontales, de productores comunitarios que comparten su vida y diseñan su futuro. Una comunal-determinación programa su producción en relación articulada dentro su naturaleza. En este proceso, carga implícitamente las prácticas sanitarias y la atención de los infortunios. Nuestra comunicación cotidiana tiene que llenar los espacios conquistados para fortalecer esta lógica de vida.

Ha llegado el momento de trascender el antropocentrismo; es el momento de fortalecer nuestro naturocentrismo. Esto es central si queremos comunicar y difundir nuestro propio modelo de pensamiento, una forma de razonar que siempre ha existido, y la de ahora nos toca ahora dibujarla en un lenguaje preciso, que haya nacido con nosotros, o con el que se nos haya impuesto por cualquier vía.

Los medios de comunicación nos acercan a todos, logran el intercambio a través de sus bondades, como de sus peligros. La academia nos ubica en el plano mundial, pero no explica nuestra existencia, y está bien, no es su obligación, porque no la ve. Algunos hablan de una nueva epistemología, si es eso, pues que sea, si somos sólo un paradigma, pues de acuerdo. No nos interesa ninguna etiquetación. Lo sabemos, nuestro pensamiento ha permanecido infinitamente, porque no nace de la elucubración, nace y crece a partir de la lógica natural de la vida.

Nuestros medios de comunicación son comunitarios porque surgen de la comunidad, le acompañan, le difunden. Con ellos reproducimos y enriquecemos nuestra cosmovisión, nuestra interpretación natural de la historia. Nuestra sapiencia encuentra en ellos los medios de intercambio necesarios. No necesitamos medicina gubernamental, tenemos la propia; no necesitamos de consumir productos ajenos, producimos los propios. Los energéticos que necesitamos, los podemos generar. La educación es el quehacer de todos, todos los días, conocimientos que extraemos y nos aporta la naturaleza que nos comparte y compartimos. Necesitamos respeto a quienes somos: seres naturales, que se fundan en ello, en su naturaleza, y que a su manera de vivir y de pensar, en estos tiempos, le llamamos: *Comunalidad*.